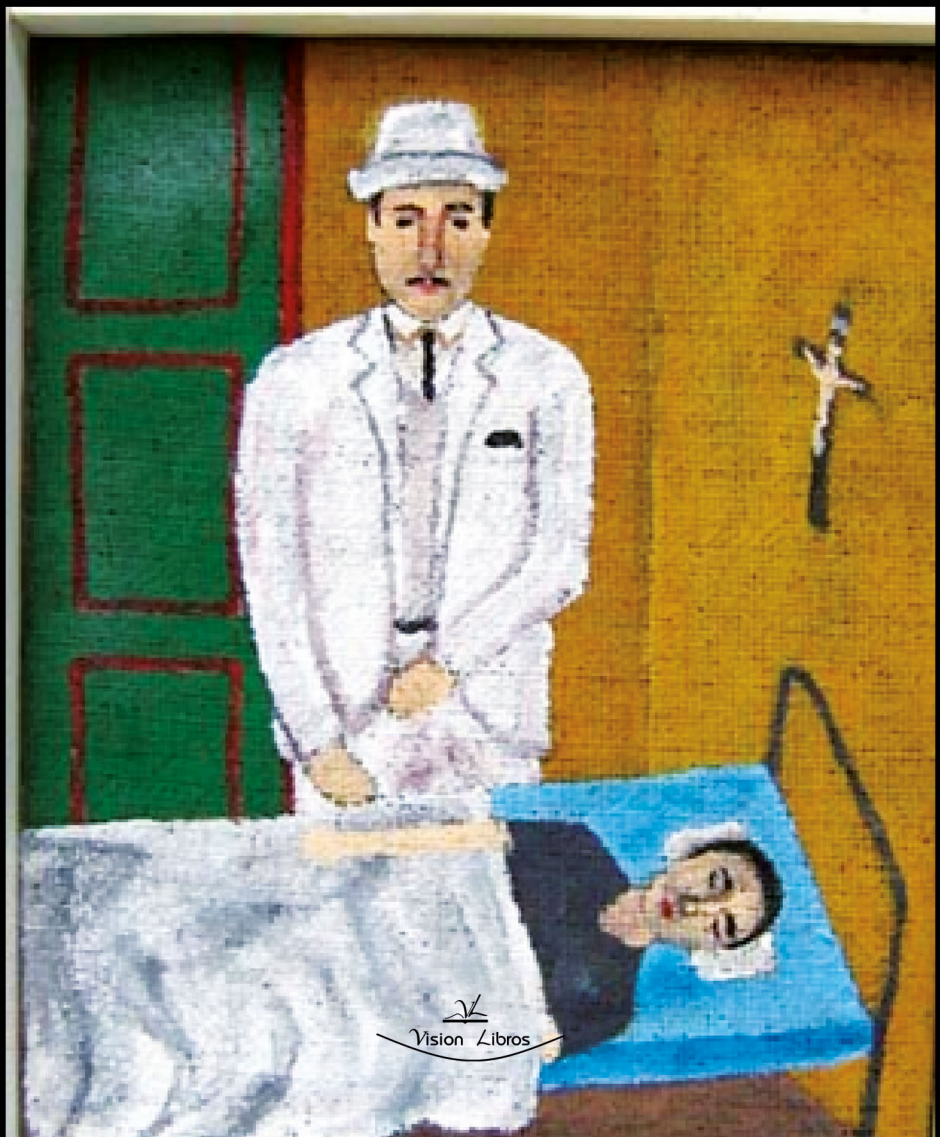
Juan José Isac

EL HOMBRE QUE SOLO PODÍA QUEDARSE UN RATITO

y otros relatos igualmente prescindibles



EL HOMBRE QUE SOLO PODÍA QUEDARSE UN RATITO

Y OTROS RELATOS IGUALMENTE PRESCINDIBLES

JUAN JOSÉ ISAC

EL HOMBRE QUE SOLO PODÍA QUEDARSE UN RATITO

Y OTROS RELATOS IGUALMENTE PRESCINDIBLES

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 EL HOMBRE QUE SOLO PODÍA QUEDARSE UN RATITO
© JUAN JOSÉ ISAC
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ San Ildefonso, 17, local, 28012 Madrid. España
Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-225-0

Disponible en papel y ebook
www.visionnet-libros.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
sac@visionnet.es

A mis amigos que me leen,
o me ponen en sus estanterías,
con los libros de verdad.

ÍNDICE

MEDIO POLLO ASADO 15
PREGUNTÉ POR UNA CALLE 23
YO Y JULIA ROBERTS 31
EL HOMBRE QUE SOLO PODÍA
QUEDARSE UN RATITO 41
EL HOMBRE QUE NO NECESITABA
NADA NADA 51
HARRY POTTER Y EL SURTIDO DE IBÉRICOS 61
UN PAR DE BOFETADAS 73
EL DIEZ POR CIENTO DE LA GENTE
SUFRE ALGÚN TIPO DE TRASTORNO 83
EL MAESTRO DEL TRIÁNGULO 91
LO IMPORTANTE ES QUE SE RESUCITE 99
LA PALABRA BIEN ATEMPERADA 109
EL HOMBRE QUE PARABA DE REIRSE 119
PRIMER CONCURSO NACIONAL
DE VIDEOS FAMILIARES 133
EL VERANEO DE AGOSTO 145
LA VOZ 155
LOS HOMBRES QUE SE PLANTABAN
EN MITAD DE LAS ESCALINATAS 165
NO VOY A NINGÚN FUNERAL 175
EL HOMBRE QUE SE INVENTÓ UN CHISTE 183
LOS GUARDIANES DEL GUSTO 195
EL HOMBRE DE LA RÉPLICA ADECUADA 205
SENTADO AL LADO DE CERVANTES 221
EPÍLOGO: LA SONDA ESPACIAL RUSA
DEIMOS-POPOV Y LOS ÑUS 233

Estimado lector:

Cuando tenía el libro acabado con los cincuenta mil ejemplares editados, las librerías alertas haciendo sitio en los escaparates y los amigos avisados de que estaba a punto de llegarles una nueva entrega de mi furibunda carrera literaria, me asaltó una duda razonable: ¿Y si lo que acabo de escribir no le interesara a nadie? ¿Y si la gente tuviera mejores cosas que hacer, o no tuviera ninguna cosa que hacer en absoluto pero prefiriera dedicarse a algo mejor que pasarse las horas averiguando qué es lo que se me ha ocurrido poner en este libro que tanto ensalzo y promuevo, que tanto difundo y enfatizo, por otra parte tan bien encuadernado? ¿Y si estos relatos, escritos con toda ilusión y cariño, acabaran finalmente abarquillados por la humedad de los fríos sótanos de las librerías, u olvidados en los rincones más ocultos de las estanterías de los amigos sin que nadie hubiera tenido el menor interés por echarles un vistazo, sin curiosidad siquiera para hojear las páginas iniciales, por ver de qué iba esto, o acudir directamente a la página final, por enterarse al menos de si acaba bien o acaba mal. No. Eso no puede ser. A mí mis amigos me leen con devoción. Los amigos de mis amigos me devoran con entusiasmo por las buenas críticas recibidas. Y el público en general se me rifa

y se quitan los libros de las manos unos a otros como si fuesen entradas para el concierto de reunificación de los Led Zeppelin.

Pero estamos en crisis. La gente anda preocupada por los depósitos bancarios, sus empleos o el diferencial con la deuda alemana. ¿Cómo puedo pretender que se abstraigan de todo eso y tenerles en cambio largas horas entretenidos con un extenso relato enjundioso y pormenorizado, de esos de los míos, con todo lujo de detalles y situaciones extraordinarias, siendo así que si se abstraen lo suficiente por lo intrincado del argumento, les llamen por teléfono para ofrecerles un trabajo fijo o un fondo de pensiones al siete por ciento, y no lo cojan por su ensimismamiento con la trama y se pierdan oportunidades de triunfar en la vida o salir adelante por culpa de mi acreditada capacidad de encandilar al lector con el infalible recurso al ingenio y la fantasía?

Así que no lo pensé más y opté por lo más sensato. Anulé la edición. Tiré los cincuenta mil ejemplares a la basura y rehice uno a uno todos los relatos, achicando tramas y encogiendo situaciones hasta dejarlos en los huesos, hasta dejar el nudo argumental del cuento en el más puro esqueleto. Nada de banal literatura. Nada de superfluos circunloquios. Estos son unos relatos para tiempos de crisis. Sucintos y austeros. Esenciales y esquemáticos, como envasados al vacío. Si hay que contar algo, se cuenta, si hay que evocar, se evoca, pero sin florituras innecesarias ni estériles contrapuntos, sin adornos ni aspavientos. En ocho páginas hay espacio de sobra para contar muchas cosas, hasta para describir con esmero y detalle una saga de varias generaciones. Solo hace falta voluntad de síntesis y prescindir de los adjetivos. Si usted necesita tiempo para renegociar la hipoteca o aprender un oficio con salidas, no seré yo quien lo distraiga con inútil divagación ni estéril prosa. Sepa que puede leerse estos relatos de un tirón, y en seguida ponerse a lo suyo porque cada uno de ellos apenas

le va a quitar tiempo para dedicarlo a otras cosas más menesterosas. Sepa que apenas comience uno y ya estará prácticamente acabándolo, como aquél que dice, tan cortos son estos cuentecillos que le propongo.

Y otra ventaja añadida. Si no le gustan, no se preocupe, enseguida viene el final, no tiene que sentir remordimiento por dejar a medias una narración que ya le ha hecho perder bastante tiempo antes de darse cuenta de que no le está gustando nada. Con estos relatos eso no pasa. En un visto y no visto se acaban y se olvidan y ya se está listo para comenzar el siguiente, sin tiempo apenas para identificarse con ninguno de los personajes o siquiera para asimilar de qué iba lo que ha leído, porque ya le pongo yo en seguida en otra circunstancia y situación bien distinta y bien disímil para ver si ésta encaja mejor con su gusto o su expectativa. O bien para que deje el libro por hoy, y se ponga usted a hacer algo más relevante en orden a poner al día los asuntos de su patrimonio, que imagino que irán un poco de pena.

Y por la trama tampoco se preocupe. Aquí ya no hay nada de viajes a Plutón, de colisionadores de hadrones o agujeros de gusano de esos que tanto proliferaban en los dos libros anteriores a éste, los hermanos gemelos mayores del que ahora nace y que tanto gustaban de involucrar en sus reclamos argumentos urdidos en la ciencia ficción y la cosmología, la fusión de protones o la física de partículas.

En este librillo humilde y amigable solo encontrará viejecitas que bajan en el ascensor, jóvenes enamorados haciendo la cola en la pollería o vecinos que pasan el verano en Madrid sin salir de casa. Como verá, nada profundo, nada relevante. Literatura de crisis. Demasiado tiene usted con saber si pertenece a esos novecientos mil funcionarios que sobran o si tiene que sacar los

euros del banco y meterlos debajo del colchón, como para que le venga yo con propuestas intrincadas acerca del misterioso bosón de Higgs o la singularidad de los agujeros negros. Nada de eso. Estos son microrelatos venidos de la más pura realidad cotidiana. Compruébelo sin miedo y verá que no tiene nada que pensar mientras recala en ellos, nada que le haga dejar caer el libro y reflexionar sobre alguno de sus pasajes. Y si esto le ocurriera por negligencia o culpa mía, verá entonces que no hay nada de lo que preocuparse porque enseguida llega el punto final y aparece en la siguiente página impar otro relato igualmente sencillo, predecible y cuotidiano, un señor que visita a un enfermo, un parado que arrienda una bodega, todo así de apacible y rutinario, nada que le distraiga un segundo de lo que verdaderamente le debe importar, los dictados de la Merkel y la evolución de la prima de riesgo.

Confíe en mí. Verá que ninguno le turba o tiene la pretensión de dejarle la más mínima huella.

MEDIO POLLO ASADO

Bajé a comprarme un pollo asado, para lo cual me puse en la cola de la pollería que llegaba hasta la mitad de la calle. Detrás de mí se puso una joven pareja, que contra todo pronóstico, no pensaba comprarse un pollo asado. Lo sé porque escuché su conversación, la cual transcurría entre beso y beso, lo cual me estaba poniendo bastante nervioso, porque me parecía que la cola de una pollería no era el sitio adecuado para besuquearse con la efusividad con la que lo estaban haciendo. Además, eran las dos y media de la tarde. Hay lugares más apropiados para darse el lote que la cola de una pollería, pero en fin, allá ellos, pensé, ya verás de aquí a unos años, qué ganas tienen de darse el lote cuando vayan a comprarse unos zapatos, o unas sardinas, o un mismo pollo asado, qué mejor ejemplo de lugar extravagante para darse piquitos con chasquidos, que era lo que más me exasperaba, los chasquidos, que parecía que estaban haciendo boca con los besos solo para disfrutar más tarde de su anhelado pollo asado.

Pero como dije, la pareja de atrás no pensaba comprarse un pollo asado, pues entre beso y beso pude escuchar que solo iban a comprarse medio pollo asado.

Vaya una ridiculez, pensé, medio pollo asado, no sé si molesto por los chasquidos de los besos u objetivamente crítico ante la tesitura de que nadie fuera a hacer cola en la pollería para comprar medio pollo asado, y menos una pareja de dos. Medio pollo asado, serán ridículos, pensé, mirándolos de reojo, para lo cual me volví hacia atrás disimuladamente haciendo como que me interesaba sobremanera lo que ocurría en una terraza en un piso alto, justo detrás de ellos. No tenían nada de especial. Eran la clásica pareja joven ni muy allá ni muy acá, de modo que por sus características físicas no saqué nada en conclusión acerca de por qué una pareja joven se conformaba con comprarse medio pollo para comer. Qué cosa más ridícula, volví a pensar. Medio pollo. Eso me lo como yo casi sin querer. Y si sobra hago croquetas o una sopa. Y además hacían cola, una larga cola, esperando su medio pollo para comer. Pase que pasen por el establecimiento, sin cola, vacío y a punto de cerrar, y como el que no quiere la cosa el uno le pregunte a la otra que qué tal si compran un pollo para comer, y la otra diga que un pollo es mucho, mejor medio, así sí, como el que no quiere la cosa y porque pilla de paso y sin mucho tiempo para pensar, porque están cerrando. Así sí tiene explicación lo del medio pollo, porque tenían previsto otra cosa para comer, pero la pollería les ha traído buen olor, y picoteamos, no sé, no el plato principal, sino acompañando a lo que ya estaba previsto, así sí, así sí tiene explicación un medio pollo asado. Pero hacer cola para medio pollo, estarse ahí quietos de pie aguardando

el momento de pedir una cosa que será inopinada hasta para el mismísimo vendedor, que pocas veces se encontrará con un pedido semejante, eso me parecía inaudito. Volví a mirarlos de refilón, otra vez a la misma fachada de la terraza, como si hubiera percibido en ella algo que en el anterior vistazo no me hubiera quedado del todo resuelto. En ese momento volvieron a besarse, con chasquidos, claro, y ahora sí que me atreví a dedicarles una mirada reprobatoria, parapetado en la seguridad de que no me hacían ningún caso porque estaban enfrascados en el ósculo. Nada, seguía sin ver en ellos ningún signo que delatara el porqué iban a comprarse solo medio pollo. El chico era más bien alto, debía por tanto de comer bastante. Ella era bajita y un poco rellenita. Por falta de hambre no sería. Tampoco parecía por su indumentaria que estuvieran en las últimas. Podrían no tener trabajo, podrían estar estudiando aún, ser unos becarios o unos ninja. Pero con todo y con eso, un pollo asado entero hoy en día se lo puede comprar cualquiera, incluso unos becarios. No. Eso no me bastaba.

Las cosas se complicaban. De repente, ella le preguntaba a él que si prefería el muslo o la pechuga. ¡No me lo podía creer! Estaban negociando la parte del medio pollo que se comería cada uno, en vez de comprarse un pollo entero y dejarse de regateos. No, replicó él con firmeza, yo la pechuga, dijo de modo determinante. Tanto, que no deduje si aquella firmeza era propia del macho dominante, que elegía la pieza más apetitosa sin dar lugar a más discusión, o era pura cortesía, a sabiendas de que a ella le gustaba más el muslo y de este modo la energía era prueba de un detalle hermoso que no admitía discusiones, como

el que dice con rotundidad: no, coge tú el barco y sálvate, que yo ya veré cómo me las apaño para llegar a Pontevedra. Ambas dos opciones eran igualmente plausibles para tanta rotundidad como con la que el muchacho cerró la negociación confirmando sin ambages que él se quedaba con la pechuga.

La cosa se ponía cada vez más interesante, pero yo no perdía de vista que eran un par de cretinos que hacían cola, una larga cola, para comprar solo medio pollo asado. ¿Es que era caro el pollo asado? En absoluto. Siete cincuenta, el jugo aparte, a cincuenta céntimos el tarrito. Y ahora viene lo mejor, porque uno de ellos, no recuerdo si ella o él, sometió ahora a discusión que si compraban jugo. No, volvió a decir el macho con rotundidad, luego ahora recuerdo que fue ella en consecuencia quien introdujo el tema. Nada de jugo. Medio pollo sin más, cortó él, ahora sí que no veía yo la cortesía por ninguna parte, como no fuera para advertirla sibilinamente que estaba poniéndose fondona.

Era increíble. No había palabras para explicar aquello. Volví a volverme, ya estaba muy vista la terraza de detrás, de modo que me fijé con descaro en algo de la calzada lo suficientemente apartado de ellos para no ofender pero no tanto que me impidiera mirarles bien de reojo, cosa que hice. Aun así, era tanta la indignación que no pude evitar quedarme un segundo mirándola a ella, un instante, pero mirándola, decididamente, como si algo dentro de mí quisiera hacer justicia y le incitara a rebelarse y a que dijera basta y reclamara la pechuga, el jugo y si me apuras, hasta el pollo entero, que luego ya harían croquetas. ¿Es que era más barato el medio pollo? ¿Traía más

cuenta comprarlo por mitades? No señor. En absoluto. El medio pollo costaba cuatro cincuenta, lo sé porque ellos mismos lo comentaron tras otra interrupción oscular. Era más caro comprar medio pollo, hasta ellos mismos lo comentaban y lo asumían, lo cual de paso me servía a mí también para confirmar que en aquella pollería vendían los pollos asados por medios, bueno era saberlo por si algún día me iban mal las cosas, pensé para mí mismo con sarcasmo y socarronería, indistintamente.

Y el caso es que no paraban de hablar del medio pollo, lo cual hacía el asunto más ridículo si cabe. Señor, pues compráis medio pollo y se acabó, y hablad de otras cosas mientras esperáis la cola, y así yo me entero de algo más de vosotros que me justifique vuestra absurda forma de ver el mundo. Pero nada, todo giraba en torno al medio pollo, como si hubiera muchas cosas que comentar sobre ello, una vez que se ha decidido la porción a adquirir. Era inaudito pero todo giraba en torno al pollo. Es difícil expandir un tema así y analizarlo en profundidad los quince minutos que llevábamos ya en la cola, porque los pollos se estaban haciendo y la cola no corría, pero ellos conseguían prolongar el tema más allá de todo lo razonable, tanto, que no me es posible repetir aquí todo cuanto dijeron, pero juro por mi honor que todo cuanto hablaban giraba en torno al medio pollo.

Ahora viene algo todavía más increíble. Cuando ya parecía que el tema del medio pollo no daba más de sí, que la conversación se agotaba por extenuación del argumento, entonces él sacó el móvil y anunció a su novia y a un amplio grupo de gente de los que estábamos en su entorno, delante y detrás, que iba a llamar a unos amigos para

decirles que iban a llegar con el medio pollo. ¡Tal cual! ¡Ese era el quid de la jugada! No iban a comerse el medio pollo ellos dos solos, sino que habían quedado con unos amigos para comer, y les avisaban ahora que ellos se iban a presentar con el medio pollo para comérselo ellos dos.

Ahora sí que me volví y les miré directamente. No pude evitarlo. No sé si con la boca abierta, pero me quedé unos instantes mirándolos, sin acritud, sin rencor por lo de los chasquidos, pero mirándolos descaradamente, sin poder evitarlo, hasta el punto de que ellos me devolvieron la mirada un tanto sorprendidos, pero no tanto como para que no me dejaran de prestar atención al cabo de un instante y siguieran con sus cosas. Él anunciaba a unos amigos que llegarían de aquí a un rato con su medio pollo (sic). La volví a mirar descaradamente, pero sin maldad, solo por saber qué cara estaría poniendo ella ante tal deriva de los acontecimientos, pero me pareció que asumía plenamente la situación, y me devolvió la mirada un tanto desafiante. Por ello no volví a volverme más, pero es cierto que no podía dejar de escuchar, con el máximo interés, todo lo que detrás de mí acontecía, porque cada vez era más raro lo que estaba sucediendo. No solo se compraban medio pollo, sin jugo, sino que se presentaban con él en casa de unos amigos. Al reflexionar sobre esto quise volverme pero me refrené a tiempo y me conformé con aguzar el oído y absorber cada migaja de la conversación telefónica, valiosa como el oro, pero no hubo mucho más, sino que acabó de hablar y ahora sí que dejaron de hablar del medio pollo, como si mis continuos giros de cabeza hubieran despertado las sospechas de que les estaba escuchando

y refrenaron sus impulsos de seguir hablando del medio pollo que se pensaban comprar, y luego comer.

La cola empezó a moverse, los pollos ya habían salido del horno, y eso se notaba en la agitación de la gente, que se movía más de lo preciso, como si moverse de lado fuera a agilizar el avance de la cola. Los de atrás ya no decían nada, pero de cuando en cuando se oía algún chasquidito que volvía a ponerme frenético. Ya no decían nada que pudiera hacerme inferir aspectos de su psicología, y solo por mis deducciones internas podía hacerme idea de qué tipo de gente eran y qué clase de amigos tendrían que se presentan con medio pollo para ellos dos solos y no les parece mal ni se molestan. Pensé que a lo mejor no eran amigos, sino familiares directos, sus mismos padres, los de uno o los del otro, o los hermanos, que con estos parece más lógica la confianza de llegar con la comida puesta y cada uno se apañe con lo suyo. No sé. No acababa de verlo claro. Al cabo de un buen rato, la cola desapareció y me encontré frente a frente con el pollero. Para mi desgracia, también se habían acabado los pollos, porque el horno tiene unas dimensiones y unas cabidas, y con lo que sucedía detrás no me percaté de que la cola era demasiado larga para tan pocos pollos como se estaban asando. El caso es que ya no quedaban pollos, y por la hora que era, ya no iban a ponerse a asar otra tanda.

O por decirlo más propiamente, en la bandeja quedaba medio pollo. Alguien de delante de la cola había tenido al parecer la misma idea que la pareja de atrás, razonablemente una persona sola, porque si uno está solo entonces se compra solo medio pollo y con razón, y aún le sobraría para hacerse unas croquetas o una sopa, es lo lógico, lo

que no es lógico es que dos personas jóvenes y de buen comer se compren solo medio pollo. Y sin jugo.

El caso es que solo quedaba medio pollo.

De modo que con todo mi desencanto, me dispuse a dar media vuelta y marcharme. Pero entontes, como una bendición divina, como una revelación, como un acto de justicia, supe de repente lo que tenía que hacer. Miré hacia detrás, a la pareja, directamente a los ojos, con osadía y arrogancia, nunca he mirado a nadie de ese modo, y cada vez que lo recuerdo me entran escalofríos, porque yo no soy así, yo soy muy tímido y apoquinado y procuro no molestar a nadie y menos mirando desafiantemente. Pero lo hice, les miré fijamente, creo que hasta sonreí, de eso no estoy muy seguro, y después, me volví hacia el pollero, y con voz firme y rotunda le pedí el medio pollo que quedaba en la pileta de los pollos, señalándolo triunfalmente con el dedo, con decisión y arrogancia, como fruto de una decisión astuta y meditada. Pero además, mientras me lo despachaba, envolviéndolo bien en un papel de estraza antes de introducirlo en una bolsa, añadí, en voz alta, creo que muy alta, tanto que el pollero me miró con sorpresa:

—¡Y un tarro de jugo!

PREGUNTÉ POR UNA CALLE

Pregunté por una calle. Y ése fue mi error. No se debe confiar al primero que pase la información que nos concierne, sin otro credencial que la proximidad física que nos permita abordarle con un simple gesto de la mano. Eso es algo que nos ocurre a muchos, confiar en que todo el mundo está capacitado para satisfacer nuestras demandas, sin advertir que los resultados pueden ser catastróficos.

Pregunté por una calle. Y ése fue mi error. La calle estaba muy cerca, al decir de mi interlocutora, tanto, que señalaba ella al otro lado del edificio, empinándose un poco, como si pudiese verla tras la mole, como si el asunto pudiera resolverse nada más que doblando la esquina y coger la paralela, eso, si es que no había un patio o pasadizo que atravesase la casa y llegara mucho antes, que es lo que parecía que mi buena samaritana buscaba entre los portales. Pronto se juntaron varias personas en torno a la viejecilla solícita que atendía mi requerimiento, y entre todas abordaron nuevas y más sugerentes formas de resolver mi petición. Al parecer, la cosa no era tan senci-

lla como mi requerida anciana pretendía, pues había una proposición copulativa entre la calle que yo solicitaba y la que mi viejecilla había entendido e insinuaba con sus gestos, de modo que estábamos hablando de calles diferentes, mas nada preocupante, porque de cualquiera de las maneras mi calle cuestionada tampoco quedaba demasiado lejos. Lo malo es que para llegar a ella la ruta no estaba demasiado perfilada. Las manos se movían de un lado a otro del perímetro visual, zigzagueando al aire en distintas direcciones, y tan pronto trazaban con el codo extendido una recta prolongada y decidida, como de pronto la mano viraba a derechas y a izquierdas cual serpiente sinuosa, o bien subían y bajaban ondulantes como si se deslizaran por un tobogán, lo cual cabía inferir que era provocado por los acusados desniveles del terreno que habría de transitar si quería llegar hasta mi calle. De cualquier manera no era asunto que debiera preocuparme en absoluto, porque la calle quedaba bien cerca, todo era cuestión de acertar con el atajo adecuado de entre las varias posibilidades de acceso que se me ofrecían. La viejecilla solícita habló de nuevo y volvió empeñada en llevarme detrás del edificio, bien por pasadizo bien llegando a la esquina y cogiendo la paralela. Había callado un instante al ver llegar los nuevos referentes, abrumada por su aparente solvencia, pero viendo que no acababan de definir con firmeza su estrategia y que dudaban tanto o más que ella, decidió consolidar su posición insistiendo en su calle sin preposición y poniendo mucho hincapié en lo de la paralela, así como, sobre todo, en que quedaba justo detrás, como si quisiera ganarme por la extraordinaria proximidad de su oferta. Al aludir a la viejecilla para referirme a mi primera interlocutora, no estoy en realidad